

que el pobre bota el dinero en vicios y lujo, y el rico lo guarda bajo cien llaves con perjuicio de todos.

Por eso está pobre Guatemala, por eso están pobres muchas naciones de nuestra hermosa América, cuya situación es semejante, porque no hay patriotismo, porque el patriotismo ha muerto!

No le prestemos ni pidamos dinero a los yankees, a cambio de granjerías; no necesitamos oro.

Pidámosle patriotismo, mucho patriotismo a los moros de Marruecos; a los *boers* de Africa, a Irlanda, a Bélgica, a México, pueblos gloriosos que no se venden.

Guatemala, como varias naciones de la tierra, está muriéndose. Su pobreza es bastante, su degeneración inmensa, su situación deplorable.

Así como el buen médico, antes de recetar, observa la enfermedad e in-

vestiga su origen, así quienes se propongan favorecer a su patria de algún modo, primero deben conocer claramente su situación y remontarse a sus orígenes, para darle después el tratamiento que merece.

Para resucitarla, no es indispensable bajar el cambio, ni traer dinero prestado, ni fomentar ferrocarriles febriles.

Sólo un remedio hace falta: un remedio sublime, divino y barato: se necesita de patriotismo, patriotismo y más patriotismo!

Para llegar al ejercicio del patriotismo, es necesario: 1º Saber en qué consiste la patria; 2º Creer en la necesidad y utilidad de la patria; y 3º Tener el afán y el valor de engrandecer esa patria.

GERARDO B. JEREZ

(*El Imparcial*, Guatemala).

## El secreto de Don Juan

(NOVELA CORTA)

UNO de esos últimos compromisos de la tarde, cuya tiránica futilidad asume carácter de obligación en el atolondramiento de las ciudades populosas, más atareado que el trabajo y más mudable que la inquietud, habíamos acarreado, con el retraso fatal de las citas porteñas... sin carácter íntimo—, pues quiero creer que las de esta clase formarían la excepción, aun aquí—, el contra-tiempo de no encontrar comedor reservado en aquel restaurante, un tanto bullicioso, si se quiere, pero que nuestro anfitrión, Julio D., consideraba el único de Buenos Aires donde pudieran sentarse confiados en la seguridad de una buena mesa, cuatro amigos dispuestos a celebrar sin crónica el regreso de un ausente.

Debimos, pues, resignarnos a la promiscuidad, por cierto brillante, del salón común, con sus damas muy rubias, sus caballeros muy afeitados, su orquesta muy frecuente y su iluminación de joyería, que valorizaba con limpidez ojos seguidores y diamantes audaces; pero Julio D. consiguió, a título de cliente privilegiado, la promesa de una eventual desocupación para tomar el café a solas.

Todos ustedes conocen a Julio D. lo suficiente para dispensarme la inicial de su apellido que han completado sin vacilar, pero tras la cual disimulo, en la semitransparencia de la buena educación, no exenta, para el caso, de justa ironía, la característica falta de puntualidad con que nos había retrasado siendo, no obstante, el anfitrión. Verdad es que el desenfadado compañero sabe, al propio tiempo, ganarse todos los perdones, con la afectuosa lealtad de un cariño rayano en abnegación para quien merece su amistad, y hasta con la firmeza ya proverbial de su defecto. Franco, varonil, corazón de oro en el más amplio sentido de la palabra, es, res-

pecto al tiempo, valioso e inseguro como un reloj de mujer. La comparación pertenece a Julián Eguía, quien, comentando cierta vez en el Círculo de Armas la «deliciosa inexactitud» y el imperturbable valor de nuestro amigo cuyo padrinazgo desempeñó en aquellos dos lances que nadie olvida, habíalo definido con uno de sus habituales juegos de palabras:

—Como buen estoico que es, tiene la despreocupación de la última hora.

Por ahí habrán acabado ustedes de conocerlo.

No tengo, en cambio, para qué ocultar el nombre de los otros dos comensales: Fabián Lemos, el conocido «sportsman» aficionado a las letras clásicas que cultiva con acierto, aunque negándose a publicar, lo que, sin duda, es una lástima, y ese eterno desterrado y brillante conversador de Julián Eguía, que

va frizando los sesenta y cinco en incansable vagancia—, o mejor dicho, acaso, divagación de artista estéril—, por todas las capitales con excepción de la nuestra—, y suya, hasta la médula del viejo porteño que es—, pues sólo reside acá un trimestre cada dos o tres años, sin perjuicio de proclamar que, en suma, Buenos Aires le parece la fea más agradable del mundo.

Sí, pues, Julián Eguía, en persona, con su chispa elegante, sus retruécanos, nada insistentes, por lo demás, su discreto saber, y hasta sabiduría, de gran chajero y de gran lector, su dejo romántico y sus narraciones extraordinarias, que no debe interrumpir la más mínima duda, so pena de provocar en castigo un silencio irreductible y una curiosidad mortificada con verdadera maestría.

Inútil añadir que nuestra comida celebraba uno de sus regresos.

El recién llegado manifestábase más contento que nunca:

—Seña inequívoca de que te volverás pronto—, dijo Lemos, empleando, a pesar de una diferencia de treinta años, el tuteo que autorizaba la frescura realmente notable de su interlocutor, con cierta impertinencia de camarada jovial.

—Así ha de ser, mal patriota—, recalcó Julio D.

—Cuestión de temperamento. Yo necesito alejarme para querer más a la patria, como tirando la cuerda se le levanta el temple.

—Sin embargo—, dije a mi vez—, sostienes que Buenos Aires te gusta.

—No cabe duda. He dicho que es una fea digna de ser amada. Pero el amor de las feas es como los cordiales amargos. Exige pequeña dosis y excluye la repetición.

—Celebro el dicho, aunque me parece más ingenioso que aceptable en quien declara, así mismo, que la porteña...

—...Es la más linda de las mujeres. Ah, cierto. De eso podemos estar seguros y orgullosos. Y no lo digo por esta sala demasiado internacional, sino por nuestras reuniones de clase, por nuestro Colón, por Palermo, por las calles, las calles, sobre todo, que para encanto de mi vejez se van volviendo todas Floridas...

Y sin recoger nuestra sonrisa ante aquel mal retruécano en que le despuntaba el vicio impenitente:

—Con todo—, prosiguió—, resulta curiosísimo este otro aspecto de la ciudad: el cosmopolita. Buenos Aires es, por decirlo así, una encrucijada del universo. Por aquí, malos o buenos, pasan todos los tipos interesantes del mundo, desde Lloyd George hasta Bolo Paschá.

—Todos, en efecto—, afirmó Lemos.

—Y si hubieran existido—, sonrió Julio D.—, el Judío Errante y Don Juan Tenorio...

—Mi madre contaba—, interrumpió Eguía—que en tiempo de Rosas pasó por acá el Judío Errante. En cuanto a Don Juan, puedo afirmar sobre la fe de mis canas.

—Convengo en que has realizado bastante bien la leyenda del judío andariego, y no ignoraba tu inclinación donjuanesca.

—Te equivocas, Julio; o mejor dicho, has acertado sin querer con tus alusiones. Seria-

### REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.